

ALFAGUARA



Santiago Roncagliolo

La pena máxima

## Perú-Escocia

Había ensayado ese camino decenas de veces. El callejón, los puestos de emoliente, el olor a fritanga, el ruido de la gente. En Barrios Altos, entre el laberinto de casuchas viejas, túneles y tugurios, podía pasar inadvertido.

Incluso su peligrosa carga sería invisible entre la multitud. Metida en una mochila roja que llevaba sobre el pecho, su encomienda no tenía por qué llamar la atención. No más que las bocinas de los automóviles, los gritos de los vendedores ambulantes y la prisa gris de cualquier sábado al mediodía.

Pero ese sábado, todo era diferente. Esta vez, todo estaba lleno de banderas del Perú. Colgaban de las ventanas, de las puertas, de las esquinas sin ruido, como mortajas rojiblancas de una ciudad muerta.

Dobló una esquina, subió unas escaleras y cruzó el patio interior de una vieja quinta, hasta la siguiente salida. Lo recibió un silencio fúnebre. Le pareció que alguien lo seguía, pero en todo el patio sólo se sentía el sonido de sus propios pasos.

Sin duda, más adelante encontraría a los vecinos. En dos o tres curvas, si la memoria no lo engañaba, alcanzaría el caño de agua. Era el único caño de esa parte del barrio. Estaría lleno de familias llenando recipientes para lavar la ropa o a los niños. Madres bulliciosas y niños revueltos.

Necesitaba toda esa actividad callejera. La algarabía era el refugio perfecto para su objetivo: un intercambio rápido y seguro. Una entrega sigilosa y profesional, sin palabras ni aspavientos. Dos hombres se encuentran en la

multitud, se saludan, un paquete cambia de manos y se despiden. No debía tomar más de cinco segundos.

Había recorrido el camino muchas veces, y volvería a hacerlo esta vez. Sólo le faltaban dos o tres curvas. En el reparador de calzado, a la izquierda. En el vendedor de cigarrillos, de frente. Entregaría su carga y desaparecería. Literalmente. En la panadera gorda, a la derecha. Ya debía estar cerca.

Al menos, Barrios Altos era un buen lugar para la entrega. Resultaba imposible que lo siguieran en esa endiablada enredadera de callejuelas y casas superpuestas. A él mismo, a pesar de todas las veces que había ensayado la ruta, le costaba reencontrarla. Vacía de vida entre sus apretados muros, Barrios Altos parecía otro distrito, en otra ciudad. Sólo el cielo color panza de burro le recordaba que seguía en su Lima de siempre.

¿Era por aquí? ¿O por ahí?

Algo estaba ocurriendo. Algo anormal. ¿Por qué no había nadie ahí afuera?

Aseguró su carga suavemente entre el pecho y el hombro y olfateó el aire. Incluso olía diferente que otros días. Pero lo peor era el silencio. Le llegaban ruidos de dentro de las casas, en sordina. Botellas chocando. Risas. Conversaciones. A veces, de repente, un niño con el uniforme escolar gris pasaba corriendo a su lado, sin mirarlo. Cajones de cervezas vacíos yacían en las puertas. Pero afuera, ni un ruido, como una gigantesca tumba al aire libre.

¿Dónde carajo estaba ese caño? ¿En qué calle se había confundido? En ese lugar no había ni direcciones. La carga se movió en sus brazos. Él la apretó con firmeza, pero con suavidad.

Oyó un sonido familiar. Un clamor apagado. Salía de todas las puertas cerradas. Al principio era un murmullo sin forma. Un rugido lejano. Pero se fue convirtiendo en una melodía machacona y exaltada. Posiblemente,

*La Internacional* o algún himno comunista. No lo sabía ni quería averiguarlo. Sólo quería salir de ahí. Encontrar el caño o la salida, con o sin su mochila roja.

Se apostó en un cruce de caminos y aguzó el oído. Reconoció algunas palabras de la canción, y su cadencia solemne y orgullosa. Era el himno nacional. Y no lo estaban cantando los habitantes de las casas. Salía de los televisores.

«El fútbol», pensó. «Me había olvidado.»

Después del himno, un periodista anunció lo que se venía. Era la primera voz que se oía con claridad, y él la recibió aliviado.

—¡Esta vez sí, Perú! Con Chumpitaz en la defensa, el «Poeta de la Zurda» Cueto en el medio campo y el «Nene» Cubillas en la delantera, entra en la cancha de Córdoba el mejor equipo de nuestra historia. Nuestros muchachos llegan a Argentina 78 maduros y listos para dar la sorpresa. Escocia es un rival muy duro, acaba de ganar a Francia e Inglaterra, pero Perú seguro que tiene algo que decir...

Sonó el pitazo inicial y los jugadores se echaron a correr. Desde las casas, la gente los saludó con aplausos y gritos. Pero apoyado contra una pared mugrienta, con su mochila sobre el pecho, él suspiró. Sin duda, ése era el peor día de la historia para hacer su entrega.

Retomó la búsqueda del caño de agua. Debía estar por ahí. Los caños no se mueven. Por las ventanas entreabiertas de las casas le llegaban imágenes del partido como chispazos en blanco y negro. Los escoceses llevaban casaquillas oscuras, y los peruanos, su eterna camiseta blanca con la franja roja en diagonal, como un latigazo en el pecho. Frente a ellos, en sus casas, los habitantes de Barrios Altos bebían cervezas y se mordían las uñas, todos oyendo al mismo narrador del partido:

—Otra vez, Escocia atacando por la izquierda, en la parte baja de sus pantallas. Ése era Johnston. Lanza el

disparo Masson, el portero Quiroga lo ataja a medias, cuidado con Jordan que arremete por el centrooooo... ¡Gol! ¡Gooooooooooooooooooooool de Escocia! ¡Gol de Jordan, número 9, con ese olfato de victoria que le caracteriza!

Desde las casas se elevó un gruñido de decepción. Y luego, centenares de voces individuales insultaron al árbitro, al número 9 de Escocia, a su madre, al Perú. Una nube negra atravesó el ánimo de los Barrios Altos.

Pero él encontró el caño. Sin duda era ése, aunque se viese diferente. Una salida de agua en un rincón relativamente amplio de la encrucijada. Normalmente, un sábado al mediodía, los vecinos se arremolinaban a su alrededor. Pero a la hora del partido, aquella esquina parecía un desierto.

Le pareció oír pasos a sus espaldas. Al voltear, se encontró como todo el tiempo, solo. No había nadie para recibir el paquete. Eso lo ponía muy nervioso. No era el tipo de trabajo en que se podían cometer errores. Y sin embargo, él había cometido un error. Entre su despiste y la falta de transporte público, llevaba casi una hora de retraso. Posiblemente, su contacto lo había esperado y luego se había ido. Quizá había decidido ver el fútbol.

Optó por esperar, al menos hasta el final del partido. Quizá su contacto prefería aguardar a que comience el bullicio habitual de las calles. Si Perú ganaba, el barrio entero saldría a celebrar. Y si perdía, el barrio entero saldría a lamentarse en los bares. En cualquier caso, el ambiente recuperaría su ritmo acostumbrado.

Él quería librarse de ese paquete cuanto antes. Aquello no era algo que pudiese guardar en su casa hasta otra ocasión.

El problema era qué hacer mientras tanto. Se aburría. Con disimulo, se acercó a una ventana abierta, donde una familia de tres niños estaba paralizada frente al televisor. Todos llevaban las casaquillas con la franja roja. Una de ellas ponía en letras negras a su espalda: CUBILLAS. Él se dejó mecer por la voz rítmica del narrador:

—Cubillas se la pasa a Velásquez. Marca férrea contra Velásquez, que cae al suelo. El árbitro no pita nada y Velásquez se levanta. Sigue Velásquez hacia delante. Se la devuelve a Cubillas ya en el límite del área. Peligro, que Cueto se cuela entre dos defensas, recibe la pelota, encara al portero, la cambia al palo izquierdo yyyyy... ¡Gol! ¡Gooooooooooooooooooooooooool peruano! ¡Cueto, número 8, haciendo magia con la pierna izquierda y 1-1 en el marcador!

Las casas de Barrios Altos despertaron con un bramido ensordecedor. Se oyeron muebles golpeando contra el suelo, aplausos y, sobre todo, el grito de gol, una sola voz por todas partes, como si tronase en el cielo.

Agitada por el escándalo, la mochila roja se revolvió un poco y dejó escapar unos sollozos.

—Ya está, ya está —susurró él, acomodándola de nuevo contra su cuerpo—. Tranquilo nomás.

De todos los posibles paquetes del universo, hoy tenía que llevar precisamente ése. Un paquete sin nombre, sin instrucciones previas, sin control.

Debió haber preguntado. Alguien debió advertirle lo que iba a transportar.

Pero ya era demasiado tarde.

Se aseguraría de no repetirlo. Ésta era la última vez. No sabía adónde se iría, pero no volvería a hacer este tipo de trabajos. Nunca más. Ahora tenía con quién estar. Todo iba a cambiar. Al fin. Sólo tenía que quitarse de encima este paquete. Dejarlo en otros brazos. Salir de ahí. Y olvidarlo, si podía.

En las casas se elevó una nueva oleada de protestas. Sonaba como una revolución. Volvió a mirar hacia el televisor:

—¡Pena máxima! —decía el narrador, en ese y todos los televisores del Perú—. ¡Penal a favor de Escocia! Héctor Chumpitaz ha parado un ataque de Rioch y el árbitro ha señalado el punto de castigo. Oblitas y Toribio

Díaz protestan, pero el referee es inflexible. Masson se prepara para patear. Lanza el disparo yyy... ¡lo tapa el portero! ¡Un heroico Quiroga bloquea el penal!

Un nuevo rugido sacudió Barrios Altos. A pesar de su contrariedad, él sonrió levemente. «Este país es incapaz de organizarse para nada útil», pensó. Pero frente a un partido de fútbol, actúa con la disciplina de un ejército. De hecho, ahora el aire sonaba como una estampida. En la casa que él veía, todos se habían puesto de pie, y les gritaban a los jugadores del televisor, como si ellos pudiesen escucharlos. El niño con la casaquilla de Cubillas llevaba en la mano una bandera bicolor que sacudía frenéticamente.

A pesar de la euforia desatada, él estaba lo bastante alerta para escuchar los pasos que, esta vez sí, se acercaban por una de las callejuelas. Iba a darse la vuelta cuando las cosas se aceleraron.

—Muñante por la derecha, se la pasa al «Chiquillo» Duarte. Pide Cueto, el «Poeta de la Zurda», que se la deja a Cubillas. Cubillas dispara por sorpresa desde fuera del área... ¡Gol! ¡Gooooooooooooooooooooooooool peruano! ¡Cubillas, en un tiro imposible para el portero, manda la pelota al rincón donde hacen nidos las arañas y pone al Perú por delante en el marcador!

Esta vez, incluso el suelo tembló. Pero no sólo por el delirio colectivo del gol. También por el disparo de un arma, y por la bala que le cruzó al lado de la cara para alojarse en la pared, justo detrás del caño, atravesando la pintura y perforando el ladrillo.

Corrió por reflejo. En zigzag, y pegado a las esquinas. Apretó la mochila tan fuerte como pudo y escapó entre los túneles. Aún sintió otro disparo zumbando junto a su brazo antes de que las celebraciones se acallasen.

Durante los siguientes minutos, volvió a hacerse el silencio. Sólo los pasos resonaban a sus espaldas, presurosos, amenazantes. Subió unas escaleras hasta el otro lado de la calle. Dobló por numerosos callejones desiertos. Se

escurrió por todos los túneles que encontró. Pensaba que, internándose más en la jungla urbana, estaría más seguro. Pero quienquiera que lo estuviese persiguiendo no necesitaba correr. Conocía bien el terreno, y aparecía por esquinas insospechadas para darle caza. Mientras él trataba de escabullirse, la misma voz emergía desde todas las viviendas:

—Cueto... La pide Cubillas pero el pase va muy largo, hasta Oblitas que aparece de la nada y se descuelga de su marcador. Oblitas disparado, corre hacia el área rival, está en el borde, tiene un defensa detrás y... ¡falta! Peligrosísima falta en el borde del área. Oblitas protesta. Dice que lo han barrido dentro del área, pero el árbitro ya ha decretado el tiro libre...

Él se apoyó en un murito para tomar aire. Sudaba. Sentía un vacío en el estómago. El paquete de su mochila estaba inquieto. Dejaba escapar pucheros y gorgoteos.

—Por favor, cállate —le dijo—. No me hagas esto.

De la mochila surgió un ruido lastimero. Al principio podría haber parecido una gata en celo. Pero pronto se convirtió en un inconfundible llanto de bebé, el chillido de un niño asustado o hambriento, haciendo el mismo ruido que una sirena de ambulancia.

—Por favor... —suplicó él, meciendo la mochila, susurrando alguna nana cuya letra no conocía.

Pero sólo le respondió el narrador del partido:

—Tiro libre en el límite del área. Sotil, Muñante y Cubillas merodean alrededor de la pelota. Comentan el tiro. No sabemos quién va a patear. Cinco hombres se acomodan en la barrera escocesa...

El niño lloraba cada vez más fuerte. Él iba a reemprender la huida, pero comprendió que era tarde. Atraído por los llantos, alguien se había deslizado hasta su murito. Lo primero que él vio fue la sombra de la pistola sobre la superficie de adobe descascarado. Quiso hablar. Pero al girar la cabeza, apenas pudo articular palabra.

---

Conocía a esa persona. Al menos, creía conocerla, hasta encontrarla ahí.

—Tú... Tú no...

—Quítate la mochila.

Alguien subió el volumen del televisor. El narrador decía:

—Muñante corre hacia la pelota y la deja pasar...

Él intentó dialogar. Quizá no todo estaba perdido, como en el partido, cuando Escocia iba ganando:

—Cálmate. Por favor. Esto tiene arreglo.

—Quítate la mochila, carajo.

Con las palmas abiertas, él pidió tranquilidad. Se dio cuenta de que estaba llorando porque las lágrimas rodaban por sus mejillas. Con lentitud, se quitó la mochila roja y la depositó en el suelo. El bebé, inexplicablemente, se había calmado. Como si esperase el resultado de la jugada.

—Por favor, no...

—Cállate, imbécil.

—Cubillas dispara al fin, hacia el lado izquierdo del portero, arriba y...

—No...

—¡Gol! ¡Goooooooooooooooooooooooooool peruano! ¡Qué golazo! ¡El «Nene» Cubillas se estrena en la Copa del Mundo haciendo historia! ¡Perú 3-Escocia 1!

En ese momento, el fragor de la victoria eclipsó todos los sonidos de Barrios Altos. Durante el grito triunfal que siguió, durante los abrazos y los besos y las carcajadas, nadie escuchó los llantos, amargos y desesperados, de un bebé en una mochila roja, y mucho menos el disparo final de un arma de fuego.

## Perú-Holanda

Un papel. No una denuncia.

El asistente de archivo Félix Chacaltana Saldívar volvió a mirar ese papel y suspiró tristemente. Una denuncia está llena de datos: nombre del denunciante y número de cédula de identidad. Fecha, hora y lugar de los hechos denunciados. Descripción detallada de tales hechos. Firma y sello del funcionario de turno. En ausencia de cualquiera de los mencionados ítems, el formulario es sólo un papel.

Chacaltana no se hacía ilusiones. Su escritorio era el basurero de todos los documentos confusos, borrosos e inservibles del Poder Judicial. Cuando los fiscales, jueces, abogados de oficio, amanuenses, limpiadores, conserjes o ujieres no sabían cómo rellenar un escrito, o simplemente sentían pereza de tramitarlo, lo relegaban al archivo, en la esperanza de librarse de él. Pero incluso en esos casos había formalidades que respetar.

Cada tarde, antes de abandonar su lugar en el sótano, el asistente de archivo Félix Chacaltana Saldívar se aseguraba de haber archivado escrupulosamente cada documento recibido. Los altercados públicos en el archivador 5ZCB3, las faltas contra los símbolos patrios en el fólter 6NOF45, los asaltos a mano armada en el pasillo 3BN45. El archivo del Poder Judicial era un compendio de todos los delitos, crímenes y faltas cometidos en un país, un registro vivo de todo lo que la sociedad podía hacer mejor. Y por eso, merecía respeto.

Sin embargo, ahí estaba: un papel sin más información que la irregularidad administrativa —de índole

migratoria y de carácter menor— y el nombre del denunciado —Nepomuceno Valdivia—, todo escrito, por cierto, con una letra ininteligible. Si lo había remitido un fiscal desde alguno de los pisos superiores, no se había molestado en indicar su nombre, ni las diligencias a tomar. Un desastre. Una falta cometida sin número de documento ni coordenadas precisas ni siquiera era una falta. No podía archivarse. Y lo que no podía archivarse, en la práctica, no había ocurrido.

Indignado, Chacaltana decidió elevar una queja contra el autor de ese formulario. Se levantó de su silla y avanzó resuelto entre los legajos y las torres de papeles. Durante sus primeros días de prácticas en el archivo había echado de menos una ventana, pero después de un año comprendía que los estantes y los paquetes de documentos obstruirían cualquier ventana de todos modos. Ahora, el aire polvoriento del lugar incluso le agradaba, como el perfume de un hogar cálido. Además, no podía quejarse: del otro lado del sótano estaba la carceleta, donde se encerraba a los delincuentes en espera de juicio. Por lo menos, le había tocado el lado amable del subsuelo, el que encerraba papeles, no personas.

Llegó hasta la oficina del director, al extremo del pasillo, y aunque la puerta estaba abierta tocó con los nudillos. El director, un hombre de unos sesenta y tantos años con una calva como de setenta y unos anteojos como de ochenta, hablaba por teléfono:

—Éste es el equipo —decía riendo—, lo he esperado toda mi vida. Si tienes plata, apuéstala, que ahora vamos a ser campeones. Al menos subcampeones. Apuesta tu casa. Apuesta a tu mujer, je, je.

Le hizo señas a Chacaltana para que pasara. Como todo a su alrededor, el despacho del director estaba lleno de resmas de papel y documentos sueltos: en el escritorio, en las paredes, en el suelo. El poco espacio libre rebosaba de humo de tabaco negro Inca y un ligero, casi impercep-

tible, olor a alcohol. Chacaltana se sentó en la única silla y esperó. El director le dirigió alguna de sus risitas telefónicas, pero Chacaltana la evitó. En secreto, desaprobaba el uso de recursos públicos para llamadas telefónicas de carácter privado, como sin duda eran las referidas al fútbol. A menos que el director estuviese hablando con el entrenador del equipo nacional de fútbol, por ejemplo, que precisamente en ese momento desease consultar algún historial del archivo. Respecto al procedimiento, nada se podía descartar.

—¡Y los goles de Cubillas! —continuaba el director—. Un maestro. Cuánta clase.

Después de unos minutos regocijándose, el director colgó, pero la sonrisa no se borró de su cara. Tenía los dientes manchados de tabaco:

—Hijito, ¿qué me dices? ¿Qué te pareció?

El asistente de archivo Félix Chacaltana se preguntó si el director se refería a la negligencia de la denuncia sin datos. Pero era lunes por la mañana, y ese director no solía hablar de trabajo, ni siquiera solía estar presente, antes de la hora de almuerzo.

—¿Señor?

—El partido, pues, hijo. ¿Qué digo «partido»? La obra de arte del sábado. La hazaña.

Chacaltana no supo qué responder.

—Bien —balbuceó, porque le parecía que el director esperaba eso—. Muy bien.

—Tienes que decirme qué gol te gustó más. Estoy haciendo una encuesta.

—¿Qué gol? El... el primero.

El director cambió su mirada por una mueca de sorpresa:

—¿Cómo que el primero? ¡El primero fue de Escocia!

—Ah. Me refiero al primero de... pues de... ¿El Alianza Lima?

Ahora, la mueca de sorpresa se transformó en una de estupor:

—Flaco —recitó lentamente el director—, Perú está jugando el Mundial de Argentina 78. ¿Te has dado cuenta o no?

El fútbol quedaba fuera del universo mental de Félix Chacaltana, o si ocupaba un lugar, estaba cerca de los ornitorrincos y los marsupiales, muy lejos de todo lo que le importaba. En este momento en particular, muy lejos de su denuncia mal redactada. Al recordar que la tenía en la mano, la blandió en el aire, como si fuese el arma de un crimen.

—He encontrado esta denuncia en mi escritorio —se explicó—. Y presenta graves defectos de forma y fondo, señor.

El director ahora tenía semblante de preocupación:

—Sí, campeón. Pero sabes que Perú está jugando el Mundial, ¿no?

—Sí, señor. Ahora lo sé. Muchas gracias. En cuanto a la denuncia contra el señor Nepomuceno Valdivia, me ha sido remitida sin las propiedades que el reglamento estipula, de modo que se hace imposible proceder al acto normativo de registro y archivo, por lo cual debo manifestar...

—¿Cuántos años tienes, tigre?

El asistente de archivo Félix Chacaltana Saldívar no atinó a contestar. Era una pregunta demasiado personal, y totalmente inapropiada, aun viniendo de su jefe. Pero el director no necesitaba una respuesta. Movi6 la cabeza de un lado a otro y continu6:

—Felixito, tú necesitas una vida, ¿ah?

—S... ¿Señor?

—Y llámame Arturo, pues, que estamos en los juzgados, no en el Ejército de Tierra.

—Sí, señor.

—Arturo.

—Sí, señor.

El director hizo un gesto de resignación. Y añadió:

—Acabas de terminar la universidad, hijo. Ya te hemos hecho tu primer contrato. Ahora vive un poco. Anda al fútbol, tómate una cerveza, consíguete una enamorada. Ya tendrás tiempo de ser un plomo más adelante.

—Pero es que la cumplimentación descuidada de documentos da lugar a lamentables...

El director tenía los ojos cerrados. Chacaltana se preguntó si se había dormido. Como para desmentirlo, el director se quitó los anteojos y empezó a limpiarlos aburridamente con su corbata.

—A ver, pues, ¿de qué se trata tu denuncia?

—Irregularidad administrativa migratoria menor —se animó Chacaltana, sintiendo que al fin lo tomaban en serio. De hecho, el director dejó pasar un largo silencio antes de continuar:

—Menor.

—Positivamente.

—Pero migratoria.

—En efecto.

—Ufff —resopló el director con cansancio—. Hay que preguntarles a los militares.

—Estrictamente hablando, señor, a los efectivos de la policía de aduanas...

—Militares, pues, hijito. En este país, hasta los ministros de Agricultura son militares.

Chacaltana comprendió la carga laboral extra que eso implicaría:

—Si usted me permite, yo mismo puedo preguntarles, señor. Podría tener los oficios pertinentes esta misma tarde para su firma, y cursarlos en el transcurso de mañana.

Quería ser útil, pero sobre todo, quería escribir los oficios. Nada hacía más feliz a Félix Chacaltana Saldívar que la prosa elegante de un oficio legal.

El director no mostró ningún entusiasmo por su propuesta. Terminó de limpiar sus anteojos, que milagrosamente seguían igual de sucios, y se los calzó sobre la nariz.

—Chico, ¿sabes cuánto gana uno de los funcionarios de allá arriba? ¿Sabes cuánto ganarás tú mismo, cuando triunfes en la vida y alcances un puesto de importancia en el sector público?

—Mis motivaciones nunca han sido de índole pecuniaria, señor. Mi mayor recompensa es el honor de servir a mi patria y...

—Una mierda —continuó tranquilamente el jefe—. Vas a ganar una mierda, como yo y como todos aquí. Así que es normal que algún funcionario se desanime y, en caso de una... ¿Cómo la llamaste?

—Irregularidad administrativa migratoria menor.

—En un caso que importa poco y exige mucho, es normal que algún desaprensivo quiera deshacerse del papelito. Así que deshazte del papelito tú también. ¿No está lleno de errores? Pues ya está, no lo recibiste. Si nadie ha puesto su nombre ahí, nadie va a venir a reclamártelo. Ésta es la lección de vida de hoy.

Para el asistente de archivo Chacaltana, las palabras del director sonaban a blasfemia.

—Pero, señor, yo recomiendo abrir una investigación para determinar sin lugar a dudas el autor d...

—¿No tienes más trabajo que hacer? —empezó a impacientarse el director.

—No, señor —se apresuró a responder el asistente de archivo—. He archivado todo el material atrasado desde setiembre de 1976, creado un nuevo sistema de organización de la documentación, ampliado el registro de incidencias colaterales y solicitado nuevo material de escritorio a la secretaría de personal.

—Bien —dijo el director, sin ocultar su sorpresa—. Muy bien. Entonces tengo un nuevo encargo para ti.

—¿Señor?

—Busca un televisor.

—Me parece que no...

—Busca un televisor y siéntate delante de él. No te muevas de ahí hasta el partido contra Holanda, el miércoles.

—¿Señ... or?

—Y búscate una enamorada, tigre. O algo así.

—Pero...

—Es una orden. Ya te puedes ir.

Chacaltana se levantó sin protestar.

En algo se equivocaba el director.

Chacaltana sí tenía una enamorada. O algo así.

Y eso no era la solución a sus problemas. En ese momento, era su peor problema.